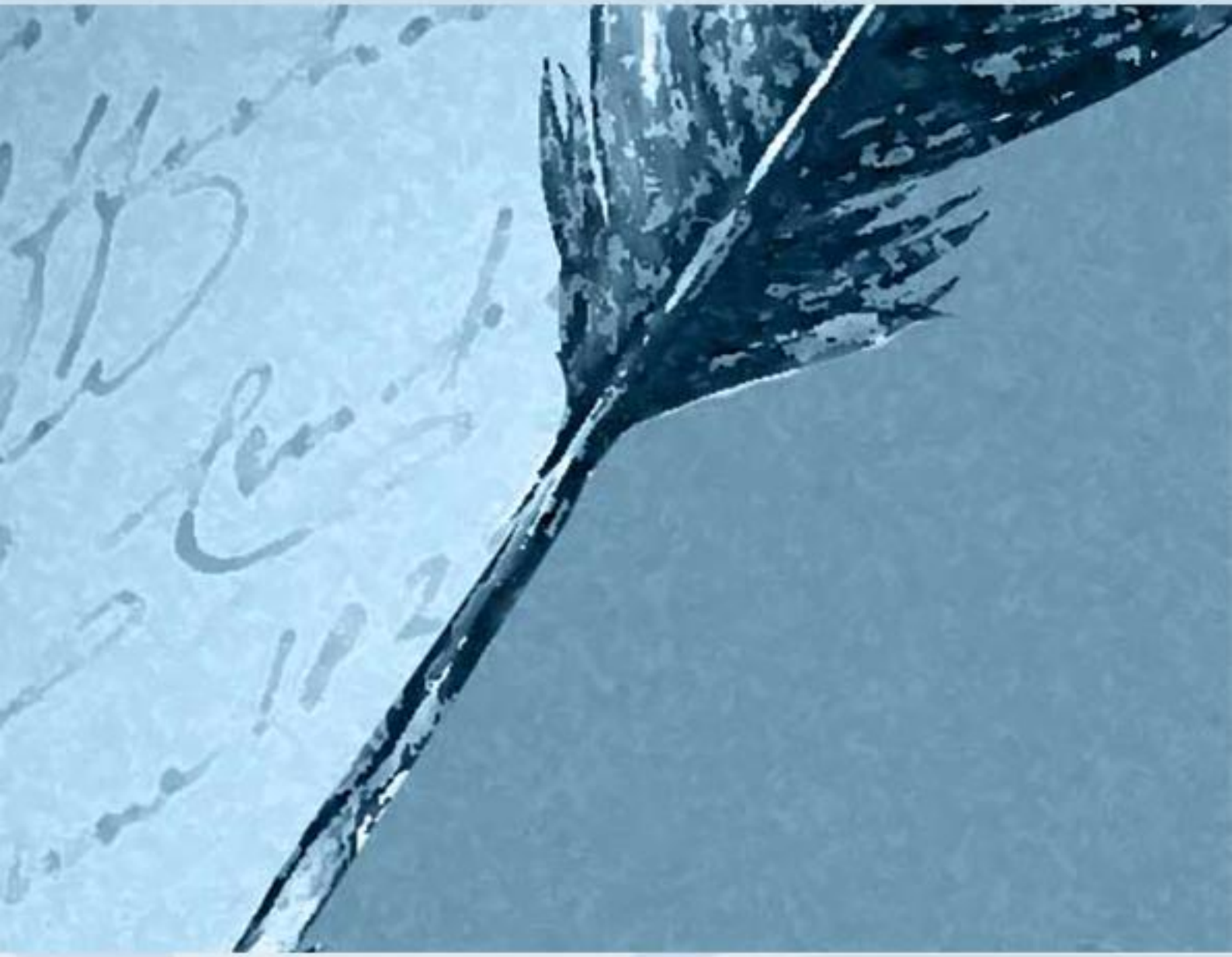
Sánchez Vázquez, Adolfo

ANTOLOGÍA POÉTICA



BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES
www.cervantesvirtual.com

Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Alicante, 2008

Antología poética

de

Adolfo Sánchez Vázquez

ÍNDICE

Poesía en vela

Siempre tu voz…
Esta voz que nos convoca

El pulso ardiendo

Soledad adentro, II
Soledad adentro, VII
Entrada a la esperanza

Poesía en guerra

Proclama
Al héroe caído

Poesía en exilio

Elegía a una tarde de julio, II
Elegía a una tarde de julio, IV
Elegía a una tarde de julio, VII

Sonetos del destierro

Nostalgia
Yo sé esperar
Miseria de una poesía
Al dolor del destierro condenados

Poesía en vela

(1933-1936)

Siempre tu voz…

Siempre tu voz
como un río de esperanzas.
Fuerte su eco
cuando el silencio acampa.
Mástil sonoro
cuando las gargantas callan.
Faro de luz
cuando naufraga la alegría
en un mar de tristezas.

Sólo vientos que desgajan
las ramas inocentes,
que secan las flores
y congelan el trigo.
Sólo puñados de arena
que tapan los oídos.
Sólo el vidrio que acecha
la mano de un niño.
Sólo el muladar que espera enterrar
a la rosa más pura
ante tu voz,
clara, firme, encendida,
permanecen impasibles,
como estatuas de sal,
mudos como piedras,
o escuchándola airados,
sólo, sólo
para maldecirla.

Esta voz que nos convoca

Oigo esta voz que nos convoca
por hondos precipicios de gangrena
mientras nadan los peces homicidas
y la espuma se vuelve cómplice del crimen.

Sólo el viento que se bebe esa espuma,
sólo aires que congelan los trigos,
sólo estepas que calcinan las plantas,
sólo nieblas que aniquilan los sueños,
sólo tumbas que impacientes esperan
no escuchan esa voz
que entre presagios de espanto
insistente nos convoca.

El pulso ardiendo

(1935-1936; 1942)

Soledad adentro, II

¡Oh tronco adolescente, sin sabores,
navegante de nortes inflexibles,
prisionero de ramas impasibles,
lamiendo sangre y gangrenando flores!

Agua amarga desnuda tus dolores
hundidos entre escollos invisibles,
mientras nada en alientos imposibles
tu lengua moribunda y sin olores.

¡Oh, tronco, navegando sin ramales,
nacido del dolor —oscura suerte—
y empapado de enfermos ventanales!

¿Cómo olvidar tu pulso sin latido,
descendiendo del brazo de la muerte
cuando tengo yo el pulso bien mordido?

Soledad adentro, VII

¡Oh, corazón rodando sin esquinas
sobre blandas lagunas deshonradas,
buscando claridad en hondonadas
que sepultan las luces entre espinas!

¿Quién te esconde esa luz que tú adivinas
bajo trigos de espigas agostadas?
¿Por dónde van tus manos desveladas
si te niegan el sol cuando caminas?

¿Hacia dónde esa lumbre que se enciende
rondadora de un mar de soledades?
Pero mi duro pecho te defiende

y un tierno aletear en tu espesura
con rumbo a sumergidas claridades
levanta un nuevo sol por tu llanura.

Entrada a la esperanza

El huracán se acerca a nuestra mano
perezosa la luz de mi alegría.
Yo estoy de pie, clavado sobre un llano,
para igualar su muerte con la mía.

Una sed infinita me apresura
un temor impaciente en mis oídos.
Me persigue su oscura dentadura
y acuchillan mi espera sus latidos.

Ya conozco la piel de ese tormento
de morir esperando nueva aurora,
anclado sobre un mar de desaliento,
sin que apaguen la sed que me devora.

Ya no puedo esperar. Este silencio
huele a sangre y dolor sobre mis venas.
Sobre un campo inocente yo presencio
la muerte de inocentes azucenas.

Yo no puedo esperar, que ya los ríos
no conocen el mar que más venero.
Si unos ojos se clavan, ya vacíos,
ser ventana de luz es lo que quiero.

No me conformo, no, con una hoguera
cuando hay pulsos helados todavía:
¡un volcán siempre vivo! Y de bandera:
¡una llama lamiendo la agonía!

Poesía en guerra

(1936-1938)

Proclama

¡Camaradas!
Las antenas de todo el mundo radian vuestro heroísmo
mientras los fusiles desclavan la bandera del hambre!
¡Adelante!
Contra el fascismo,
contra su vientre,
contra su sangre,
contra los que dejaron un fulgor de vidrio
en la mirada de nuestros hermanos presos,
contra los que abrieron un canal de fiebre en los oídos
cuando el paro acuchillaba vuestras sienes,
contra los que desvelaron la risa de vuestros hijos
hasta convertirla en gritos.

¡Adelante hacia Córdoba y Granada!
Que el fascismo cierra los ojos de nuestros camaradas
y ametralla para siempre sus pupilas
y en cada garganta levanta
un muro de voces torturadas.

¡Adelante!
Que los disparos cerquen los silencios
mientras los palacios vomitan el lujo por ventanas turbias.
Que se despierten los cuerpos prisioneros
que la victoria acelera sus latidos.
¡Adelante, camaradas,
que el hambre no dominará por vuestras venas
ni el paro acuchillará vuestras sienes,
ni iluminará vuestros ojos la luz dolorosa de la comisaría!

¡Adelante!
Que el fascismo se esconde en su agonía
tras un muro de pulsos derrotados,
mientras entre nosotros crece la nueva vida.

Al héroe caído

Tu corazón caliente, derribado,
levanta un estandarte en la mañana
por la pendiente del dolor cruzado.

Contra el rumbo del aire, se devana
gran madeja de muerte en tu cintura
enredada de sangre en tu ventana.

Entre nieblas de pólvora, va oscura
la mano que te lleva hacia estaciones
que clavarán la muerte en tu espesura.

¡Camaradas, de esbeltos corazones,
vedle, muerto, caído, prisionero,
del ataque de mudos tiburones!

¡Vedle, pronto, vosotros, marinero,
aviador, tanguista, combatiente,
navegando sin vida, sin remero!

¡Qué se aparten las manos de su frente,
que en pañuelos de sangre, no vencida,
van bordando un gemido transparente!

De pie, junto a su mano descendida,
firmes estamos, el fusil al brazo,
muro ardiente sobre la pena erguida.

Poesía en exilio

(1940-1954)

Elegía a una tarde de julio, II

Y ahora sí;
ahora que el silencio
ya no puede perdurar sobre el grito;
ahora que la muerte se pone un uniforme,
ávida de recoger su ansiada cosecha,
olvidad vuestras dudas,
vuestros pasos inciertos.
De las tinieblas más viejas de la historia
va a nacer un río de sangre
que arrasará los campos y jardines,
soberbias torres y humildes monumentos,
altivos árboles y pobres matorrales.

Todas las lágrimas del mundo,
todo el odio que empuja
a las fieras dentelladas
va a reunirse de pronto
en esta tersa piel de toro.
Gritad, llamad,
hombres del campo y las ciudades
antes de que los prados se calcinen
y las casas se desplomen en llamas.
Pronto, pronto,
antes de que el huracán del odio
derribe en las ciudades
las primeras paredes
y quiebre en el campo las primeras ramas
de los temblorosos árboles.

Elegía a una tarde de julio, IV

Si la verdad en muertes sucesivas
allí donde el tiempo se detiene
y al amor, la alegría y la ternura
se le cavan ya sus tempraneras tumbas;
si voces incansables ya vienen denunciando
esa turbia hermanada de la cruz y la espada
y hasta los ciegos pueden ver
los mapas de sangre
que en los cuarteles se levantan;
si ya hay ojos que en la lenta madrugada
clavan impacientes sus miradas
en el reloj que marcará la hora
del asalto a la vida,
del rejón de la muerte
y si un sueño se puebla de sanguinarias aves
de picos y garras insaciables;
si el tambor del crimen redobla tenazmente
y la planta del dolor ya está madura
para ofrecer su indeseable fruto,
¿quién detendrá esa orgía de sangre,
quién apagará el incendio de este bosque
de lutos, de penas y de llantos
que entre rezos y arengas
ya está plantado?

Elegía a una tarde de julio, VII

Millones de corazones inocentes
nadando van hacia la muerte.
Piélagos de rosas,
horizontes de trigo limpio,
aguas trasparentes
se mancharán de sangre, de barro y de ceniza.
Las casas indefensas,
los tiernos dormitorios se encaminan
hacia un tremendo valle polvoriento;
las blandas manos de las madres,
las tiernas manos de los niños
desprendidas del cuerpo
se mojarán de un agua inesperada.
Millones de camisas enlutadas
esperan ya sus cuerpos.
Millones de metros de tierra viva
esperan ya las tumbas.
Y hay millones de brazos esperando
la inmensa embestida de la muerte,
vísceras silenciosas, nervios ardiendo
que esperan el último latido
y hospitales, algodones y lamentos,
millones de cabellos encendidos,
de cubos de sangre, de gusanos
y de platos de carne desgarrada.
Millones de seres con los ojos tapados,
con un inmenso pañuelo sobre sus ojos inocentes
andando
andando van hacia este precipicio.

Sonetos del destierro

(1951-1952)

Nostalgia

Como río que pierde sus riberas
mi corazón invades. Yo te siento
en cuanto se repliega el pensamiento
hacia sus más recónditas laderas.

Quema tu paso, queman tus hogueras
y la razón se queda sin sustento.
El alma la modela el sentimiento
y se exaltan las viejas primaveras.

¡Oh ciega fuente de melancolías
que se lleva tan sólo nuestro olvido
y nos deja tan sólo la tristeza!

¡Cómo mueres en mí todos los días
y en tu niebla recobra su sentido
la España a la que vuelvo la cabeza!

Yo sé esperar

Si para hallar la paz en esta guerra
he de enterrarlo todo en el olvido,
y arrancarme de cuajo mi sentido
y extirpar la raíz a que se aferra;

si para ver la luz de aquella tierra
y recobrar de pronto lo perdido,
he de olvidar el odio y lo sufrido
y cambiar la verdad por lo que yerra,

prefiero que el recuerdo me alimente,
conservar el sentido con paciencia
y no dar lo que busco por hallado,

que el pasado no pasa enteramente
y el que olvida su paso, su presencia,
desterrado no está, sino enterrado.

Miseria de una poesía

Poesía enfermiza sin más huella
que la escoria que dejas en el alma;
sólo entre odios tu dolor se calma
y sólo con la vida es tu querella.

Al declarar la guerra a la ternura
ni una tierna sonrisa te detiene;
sólo veneno tu metal contiene,
sólo la podredumbre en ti perdura.

Te reconozco en ese recoveco
revuelto entre cenizas y gusanos
en este muladar de tu porfía.

Tu voz ya no es tu voz, sólo es un eco,
un rescoldo de fuegos inhumanos,
un cadáver que escribe todavía.

Al dolor del destierro condenados

Al dolor del destierro condenados
—la raíz en la tierra que perdimos—
con el dolor humano nos medimos,
que no hay mejor medida, desterrados.

Los metales por años trabajados,
las espigas que puras recogimos,
el amor y hasta el odio que sentimos,
los medimos de nuevo, desbordados.

Medimos el dolor que precipita
al olvido la sangre innecesaria
y que afirma la vida en su cimiento.

Por él nuestra verdad se delimita
contra toda carroña originaria
y el destierro se torna fundamento.